

La Brecha de Ángela

Tecnología & Humanismo
Creación & Redacción

PRÓLOGO

¿Quién es el enemigo?

Nos han vendido la moto de que la inteligencia artificial es el coco. Que viene con una guadaña digital a quitarnos el puesto de trabajo, la voz en off y el sitio en la cola de la pescadería. Nos repiten por tierra, mar y ¿Twitter? que somos demasiado analógicos, demasiado lentos, piezas de

desguace de un siglo que se apagó mientras parpadeábamos.

Y en mitad de este apocalipsis de microchips, ahí la tienes a Ángela. Cincuenta y tres años, vecina de Blanquerna, Palma.

Ángela no les tiene miedo a los robots; le tiene terror a la cara de velocidad que se le pone al mundo cuando decide ignorarla.

El enemigo nunca vistió de metal. El enemigo huele a colonia barata de oficina bancaria, resopla en la nuca del que tarda tres segundos de más frente a un teclado y se parapeta detrás de la frase más sangrienta de la era moderna: «*Pero si es facilísimo*». Eso, eso sí que la aterroriza.

De pequeña, cuando el cielo de Mallorca se rajaba de arriba abajo con las tormentas de verano, Ángela corría al porche de su abuela. La vieja, que hilaba fino, le decía mientras el trueno hacía temblar los geranios:

—El ruido no muerde, bonita. Lo que te da un buen bocado es no saber de dónde viene.

Cincuenta años después, la tormenta ya no viene del cielo, sino del maldito altavoz del teléfono y de las pantallas que parpadean con prisas histéricas. Pero Ángela ya no se asusta con cualquier trueno.

Ya está dándole vueltas y ve que el pánico se parece más a eso de ‘falta de información’. Y que cuando vas entendiendo el truco, el monstruo vuelve a lo que siempre fue: un aparato que se apaga si le quitas el enchufe.

Esta no es una epopeya lírica sobre máquinas perfectas, como ninguna.

Es la crónica de cinco náufragos del sistema que, cansados de pedir permiso para existir, decidieron arrastrar los pies juntos.

Unos náufragos que empiezan a creerse que el futuro no lo diseñarán, solos, los gurús de Silicon Valley desde sus despachos de cristal.

Dicen ellos que el futuro lo está empujando el pescador jubilado que tiembla frente a un cajero y un reponedor de supermercado que disimula su analfabetismo digital detrás de una torre de latas de atún.

Nadie nació sabiendo. Tampoco los algoritmos. Así que muerde como bien te vaya, ajústate las gafas y prepárate para ir ridículamente despacio.

CAPÍTULO 1

La notificación que no avisa

Julio, Palma sabe a sudor pegajoso, a guiris quemados arrastrando maletas a izquierda y derecha, ya sin ruedas. Ángela, cincuenta y tres años de vida y unas manos con el pulso lo bastante firme como para enhebrar una aguja a la primera, sin necesidad de pedirle permiso a un satélite artificial.

Esta Ángela vive en el barrio de Blanquerna, a un tiro de piedra de todo, pleno centro y aun así rodeada de muchos vecinos que se saludan desde el balcón y tiendas que aún huelen a lo que venden.

Sin embargo, en mitad de ese hormiguero humano, el progreso tecnológico la trata como si fuera un Robinson Crusoe con falda.

Porque la brecha social no se mide en kilómetros. Se mide en la cantidad de idiotas que se olvidan de ti cuando diseñan los botones del mundo.

Alas seis y cuarto de la mañana, la mesilla de noche empezó a vibrar. Era su Nokia de tapa gris, un superviviente de la era “pre” que solo servía para llamar, recibir llamadas

y, si te ponías terco, jugar a una cosa rara que simula ser serpiente.

El bicho vibraba contra la madera con el entusiasmo de un cortacésped enloquecido. Afuera, el barrendero municipal ejecutaba su rítmico raspar de escoba contra el asfalto, el único reloj fiable que le quedaba al barrio antes de que el sol se decidiera a achicharrar el asfalto.

Ángela estiró el brazo, abrió la tapa del teléfono y parpadeó frente a las letras pixeladas de la pantalla. Un SMS. El banco.

«Estimado cliente:

Le informamos que su oficina de referencia en la calle

Blanquerna cerrará definitivamente sus puertas el próximo

30 de julio. Para su total comodidad y confort, descargue nuestra app CaixaBank Now o acceda a la banca online.

Realice sus gestiones desde el sofá sin perder un minuto de su maravilloso verano. Gracias por confiar en nosotros.»

Ángela leyó el texto moviendo los labios, como si masticara un trozo de pan duro.

—¿App? —les preguntó a las paredes desnudas de la habitación. —¿Qué quiere decir con una ‘app’?

Tonto, un chucho mestizo que tenía tres cuartos de podenco y una absoluta falta de respeto por la autoridad, levantó una oreja peluda desde su colchón en el rincón.

Miró a su dueña con los ojos entornados, como diciendo: «A mí no me mires, yo sigo cobrando en caricias analógicas».

En esa misma semana de julio, mientras los periódicos abrían portada con el enésimo récord de beneficios de la banca, miles de sucursales cerraban en los pueblos profundos y en las esquinas de barrio a una velocidad de vértigo.

Desaparecían los mostradores, se jubilaba a los cajeros humanos y se enviaban furgonetas blindadas una vez al mes a las plazas de los pueblos, como si el dinero de los viejos fuera un espectáculo de saltimbanquis.

A Ángela nadie le había explicado la macroeconomía del asunto.

Aella solo le constaba ese mensaje de texto redactado por unpublicista de veinticinco años con exceso de gomina,

convencido de que todo el planeta se emociona al bajarse una aplicación, o ni eso, no sabía quién se lo había enviado.

Se sentó en el borde del colchón, descalza.

Nunca había querido un teléfono con pantalla de cristal de esa que se rompe si la miras mal.

Su vida se gobernaba con el tacto rugoso de los billetes de veinte euros, el tintineo pesado de las monedas en el monedero de cuero que le regalaron a los treinta y el placer de hablar con la gente mirándole el color de las encías. Pero el mundo, de forma unilateral y sin someterlo a referéndum, había decidido mudarse a un sitio invisible.

Fue a la cocina y encendió el fuego bajo la cafetera italiana.

Mientras el agua empezaba a protestar en el aluminio, se

acordó de su madre. Recordó las mañanas de los noventa, caminando de la mano hasta el estanco de la esquina.

Allí, Doña Pura —que gastaba un bigote respetable y unas uñas pintadas de carmín— sellaba los recibos de la luz con un cuño de madera que sonaba a sentencia judicial. Te contaba las vueltas en la palma de la mano, una a una, cantando los números como si diera misa. Era lento. Era pesado. Pero un niño de cinco años entendía perfectamente dónde terminaba el dinero y dónde empezaba la luz.

Ahora, los recibos flotaban en un limbo llamado "correo electrónico" y se pagaban mediante "transferencias", un verbo que a Ángela siempre le había sonado a contrabando de órganos o a mudanza de presos.

Se sirvió el café solo, sin azúcar. Se sentó frente al calendario de la carnicería que colgaba de la nevera: *7 de julio de 2026*.

El banco no bromeaba.

—No pasa nada —se consoló en voz alta, dándole un sorbo al café quemado. —Mañana bajo a la oficina, hablo con Manuel, el director, que para eso le compré los bombones cuando se casó su hija, y que me lo explique.

Ángela todavía mantenía esa inocencia provinciana. No sospechaba que ese Manuel llevaba tres meses prejubilado a la fuerza, que la oficina ya olía a disolvente para arrancar los carteles y que al otro lado del cristal no la esperaba una persona, sino un código QR pegado con celo sucio que la mandaría directamente a freír espárragos en formato digital.

CAPÍTULO 2

La cola de los que se quedan

Ángela llegó a la sucursal de la calle Blanquerna a las ocho y media de la mañana. El sol de julio ya caía con plomo sobre las baldosas, pero en la acera ya se respiraba el ambiente de un velatorio. La oficina abría a las nueve para los "parias sin cita", según un folio arrugado y amarillento

que permanecía pegado al cristal con un celo momificado por el tiempo. No era una cola para hacer transferencias millonarias; era la procesión de los hombres y mujeres invisibles, un desfile de rostros desconcertados que no venían a operar, sino a suplicar una explicación en cristiano. Justo delante de ella, un hombre de setenta y ocho años — Rafa, aunque ella aún no lo sabía— se sostenía sobre un bastón de madera de olivo tan gastado como sus propias articulaciones. Llevaba una chaqueta de pana que desafiaba los treinta grados a la sombra, con la mirada clavada en un chicle pegado en la acera.

Detrás de Ángela, el drama venía en carrito de bebé. Una chica de veintisiete años —Naiara— intentaba mecer a una criatura que berreaba con el entusiasmo de un camión de bomberos. La muchacha lucía unas ojeras del color de la

berenjena y un moño deshecho que delataba semanas de naufragio maternal.

Ángela, que dominaba el arte de la solidaridad de barrio, le lanzó esa mirada de código no escrito que las madres veteranas reservan para las novatas al borde del colapso. — ¿Qué le pasa a la criatura, cielo? ¿Los dientes?

Naiara levantó la vista, y Ángela vio que sus ojos no estaban húmedos de sueño, sino de una rabia de esas que se mascan en seco.

—No son los dientes, ojalá —escupió la chica, con la voz rota—. Es la puta beca del comedor de la guardería. Que todo por internet, me dicen. Que si el certificado digital, que si una aplicación que no baja, que si verifique su identidad apuntando a la cámara de su móvil. Tengo veintisiete años,

se supone que soy joven y siento que soy la más imbécil de Mallorca. No sé cómo coño se hace.

El viejo del bastón se giró despacio, como un buque de carga cambiando de rumbo. Tenía los ojos del color del mar de Formentor cuando viene tormenta.

—Yo tengo setenta y ocho, chica, no estás sola en el club de los idiotas —dijo el hombre, con una voz que olía a tabaco de liar y a salitre. —Para cobrar lo de la dependencia de mi mujer me pidieron la «llave electrónica» esa.

Mi nieto, el moderno, me soltó: «Pero abuelo, si es facilísimo». ¿Fácil? He pasado cuarenta años faenando en alta mar, capeando temporales que te ponían los huevos en la garganta, y lo más difícil que había hecho en mi vida era

calcular los duros cuando llegó el euro. Esto no es fácil. Esto es que te echen de tu propio país sin moverte de la acera.

Se estrecharon las manos como tres conspiradores en mitad de una guerra invisible. Tres generaciones, tres apellidos corrientes y la misma vergüenza compartida frente a un cristal blindado.

A las nueve en punto, la puerta automática se abrió con un siseo neumático que sonaba a burla. Al otro lado del mostrador los recibió Elena. Treinta y pocos años, un pelo tan liso y perfecto que parecía cortado con láser y una sonrisa de plástico que se le terminaba exactamente antes de llegar a las pupilas.

Cuando le llegó el turno a Ángela, Elena ni la miró a los ojos; sus dedos volaban sobre el teclado como si tocara el piano en un bar de copas.

—Ángela, la solución es muy sencilla —dijo Elena, con el tono ensayado de quien vende seguros de coche—. Cómprase un *smartphone*. Los hay por cincuenta euros de segunda mano, poca cosa y verá que bien todo.

—No es el dinero, —replicó Ángela, apretando el bolso contra el pecho—. Es que, si me compro ese trasto, no sabré ni por dónde se le habla.

—Pues aprenda —soltó la empleada, imprimiendo un folio con desprecio—. En YouTube hay tutoriales de esos que te lo explican como para niños. Siguiente, por favor.

La palabra "tutorial" le entró a Ángela por el oído como un insulto en un idioma extranjero. Salió a la calle con el folio en la mano, sintiéndose más pequeña que una hormiga en el Paseo Marítimo.

En la acera, Rafa guardaba su cartilla en una bolsa de plástico con la dignidad de un capitán derrotado.

—¿Te ha arreglado la vida la ingeniera? —preguntó el viejo.

—Me ha dicho que aprenda mirando vídeos de un niño de internet —suspiró Ángela. —¿Y a ti?

—Que llame a un número gratuito. He llamado desde la cabina de la esquina y una máquina con voz de gallega me ha dicho que pulse el cuatro, luego el dos, luego el asterisco y luego me ha colgado porque dice que no me entiende el acento.

Naiara se sumó al grupo, con el cochecito del niño bloqueando el paso de los ejecutivos que caminaban con prisa hacia sus despachos con aire acondicionado.

—No nos van a ayudar —dijo la joven, mirando el edificio del banco como quien mira una fortaleza enemiga. —Les sobramos.

Ángela miró el cielo azul de Palma, ese azul mallorquín que es precioso pero que no tiene la menor compasión por los que sufren abajo.

Se ajustó la correa del bolso y miró a sus dos nuevos camaradas.

—Pues si les sobramos, nos vamos a tener que juntar. Porque yo sola no sé ni encender el aire de la cocina, pero si nos caemos, nos caemos los tres haciendo ruido. ...

más... próximamente en librerías

